



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14247

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SÁBADO 29 DE MAYO DE 1909

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.

Más de festejos

La idea que inició «La Mañana» en uno de sus últimos números y que nosotros acogimos con satisfacción haciéndola nuestra, referente á la celebración de una verbena en la plaza de Santa Catalina y un baile de sociedad en los salones de la Casa Consistorial, parece que tiene gran número de partidarios y que se hacen gestiones cerca del Alcalde para que á la postre tenga satisfactoria realización.

Tanto este hermoso festejo como los demás consignados en el programa, nos parecen excelentes y muy apropiados para atraer á nuestra ciudad buen número de forasteros, pero existe uno, que es motivo de nuestra especial predilección y al cual no podemos por menos que tributarle frases que expresen nuestro sincero entusiasmo.

Nos referimos á los donativos de casas para obreros, festejo de la exclusiva iniciativa de la Asociación de la Prensa y generosamente secundado por nuestro muy querido amigo el diputado á Cortes por esta circunscripción D. José Maestre.

Es indescribible el inmenso júbilo con que ha sido acogida esta noticia por la clase obrera; y está, á juicio nuestro, perfectamente justificado este regocijo, pues el problema de la vivienda es uno de los de más difícil solución para la clase trabajadora que produce mucho más de lo que consume y que pasa la vida en lucha constante con las más perentorias necesidades de la existencia sin que llegue jamás á ver satisfechas sus aspiraciones.

Hoy se hacen los trabajadores en casas infectas, sin comodidades y sin higiene, ocupando habitaciones reducidas y mal ventiladas, sitios apropiados para que en ellas se desarrolle toda clase de infecciones y de repente una mano generosa les ofrece instalación cómoda é higiénica, trocando las estrecheces y los peligros de sus actuales casas, por el bienestar y la satisfacción que produce una habitación, cómoda, alegre y perfectamente emplazada.

Y como á estas primeras construcciones, pueden seguir y seguirán seguramente otras idénticas con arreglo al primitivo modelo, en el transcurso de un número de años que pueden ser cortos si los hombres quieren, se levantará en sitio próximo á la ciudad una barriada de obreros, hermosa, cómoda é higiénica.

Y lo que, como lo que ha comenzado por un número del programa de festejos, puede ser algo permanente y útil que resuelva uno de los problemas de más difícil solución en nuestra ciudad y que sería motivo de legítimo orgullo para sus autores.

Por eso nosotros, que miramos hacia adelante, al par que dedicamos elogios á lo fugaz, á lo que desaparece, cuando la temporada veraniega termina, concedemos todo nuestro entusiasmo á lo permanente, á lo que ha de subsistir cuando ya no queda siquiera el recuerdo de los demás festejos.

Pascua de Pentecostés ó del Espíritu Santo

Las preparaciones con que la iglesia católica se dispone á la celebración de esta fiesta, no nos parecerán exageradas si consideramos la excelencia de esta festividad. Porque primeramente, por la importancia de su objeto excede inmensamente á todas

las fiestas profanas; y luego, es tan superior al Pentecostés de los judíos, como lo es la ley de gracia con respecto á la ley del temor, y el cumplimiento del misterio de nuestra redención con respecto á los hijos y figuras que lo anunciaban.

La tercera persona de la Augusta Trinidad descendiendo sobre el Universo para regenerarlo, así como en el día de la Creación había descendido sobre el caos para fecundizarlo; el Redentor completando la gran obra, objeto de todos sus misterios; un pueblo nuevo destinado á adorar á Dios en espíritu y en verdad, desde el Oriente hasta el Occidente; la destrucción del Judaísmo; la muerte del Paganismo; la alianza universal de Dios con los hombres, realizada después de cuarenta siglos de promesas: tales son las maravillas que encierra la fiesta de Pentecostés, tales los objetos que ofrece á nuestra alabanza y contemplación.

Grande es el júbilo que la iglesia católica muestra en la fiesta de mañana.

La fiesta de Pentecostés es la fiesta de la civilización, el origen de las luces, de las costumbres, de las instituciones é ideas nuevas que, cambiando la faz del mundo y sustituyendo la ley de la Caridad al derecho brutal del más fuerte, nos han hecho lo que ahora somos.

Diez y ocho siglos hace que se celebra la fiesta de Pentecostés, y todos, ricos y pobres reyes y pueblos, la celebran con júbilo.

Veni, sancte Spiritus et emitte coelitus lucis tuae radium.

Ven Espíritu Santo, ilumínanos más y más y haz brillar de continuo á nuestros ojos los rayos de tu celestial luz.

M.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

La cosa marcha viento en popa, y más suave que una seda de color de ala de mosca.

Merced á la iniciativa de los chicos de la prensa la temporada de verano del año que atravesamos va á ser el «descuaje».

Todo está ya combinado, y unos tras otros, si no hay contratiempo alguno que lo impida, se celebrarán durante los días de Julio y Agosto los festejos acordados.

Esta plétera de fiestas en perspectiva, ha levantado no solamente la adormecida opinión pública que ahora no tenía en que ocuparse, sino grandes polvaredas en el seno de algunas familias por la clase de trajes que han de llevar las chicas en cada uno de los festejos que se celebren.

Ayer decía, en una visita, una señora viuda que tiene tres hijas casaderas.

Yo ya tengo pensado como iremos á las próximas fiestas; para la velada marítima, como es de noche con una falda de merino y un cuerpo de muselina blanca cubierto con encajes creo que podemos pasar las chicas y yo.

Para el concurso de automóviles, ya he encargado unos vestidos verde oliva con listas azules que han de llamar la atención.

Para los juegos florales bata color láguena y zapato á lo Luis XV, por que hay que ir en carácter á esa fiesta.

Para las regatas, iremos con sombrero á la marinera y de blanco con botas de lona.

Y así por el estilo la buena señora daba cuenta del reparto de trajes para las próximas fiestas.

Y no solamente ha entrado la preocupación en las damas y señoritas sobre este particular, sino entre esos ejemplares del sexo feo, que vistón á la última moda con perjuicio ó beneficio del establecimiento en donde se surten.

Hay que alternar en la próxima temporada de ferias, hay que distinguirse, las chicas por si les cae alguna proporción y ellos para que no les llamen cursis.

La temporada que se avecina va á ser rica en toda clase de espectáculos: los cafés, los teatros y los paseos, estarán plétóricos, por que la gente parece que tiene un grifo de donde salen los recursos para diversiones y juegos.

Nada, que se nos presenta un porvenir que no puede ser más hermoso, y para ciertos individuos preñado de ilusiones y de pagarés.

OFEMA

CUENTO DEL SÁBADO

Adelfa

Historia vulgar

Ella era rubia como los ángeles de los retablos, y dulce y pura como los ángeles del cielo. Se llamaba Adelfa, y tan amargas como las flores de su nombre eran las horas de su vida.

Huérfana al nacer, no conoció el cariño de una madre. Albergada en casa de una hermana de la autora de sus días, sufrió desde la infancia todo género de contrariedades, gracias al carácter iracundo de la que debió servirle de madre en la tierra, y al poco afecto de los demás individuos de su familia. La pobre niña venía á pagar la falta de su madre, si falta puede llamarse el haber contraído matrimonio á disgusto de sus parientes.

Adelfa sufría mucho. Más de una vez, puesta de hinojos ante una imagen de la Virgen, llegó á pedirle la li-

brara del peso de la vida, pues se sentía desfallecer al no ver el término de sus sinsabores.

Estos tuvieron un paréntesis.

Uno de los mozos más gallardos del pueblo se enamoró de Adelfa con todo el delirio de un corazón de veinte años, y Adelfa correspondió á aquél, dando á Miguel, que así se llamaba el apuesto joven, todo el tesoro de su cariño y toda la ternura de su alma.

Risueño y venturoso se ofreció á la enamorada pareja, desde entonces, el horizonte de la vida; pero bien pronto el soplo de la fatalidad deshizo el mundo de ilusiones que forjaron en su mente. La guerra que por aquella época ardía en las montañas del norte de nuestra patria, obligó al gobierno á exigir á la nación un nuevo tributo de sangre. Miguel tuvo que vestir el uniforme de soldado, y Adelfa vistió su alma de luto al separarse del hombre que tanto amaba y á quien quizá no volvería á ver.

Débil consuelo de sus penas fueron para la pobre huérfana las cartas que Miguel le dirigió, frecuentemente al principio y de tarde en tarde después, dándole cuenta de la buena estrella con que había inaugurado su carrera militar, en la que antes de un año logró los galones de sargento. Estos triunfos no halagaban á Adelfa; su único anhelo era verle, verle pronto, y unirse á él para siempre.

¡Pobre niña! En su inocencia no comprendía que no eran sólo los azares del campo de batalla los que podían matar sus soñadas venturas. La volubilidad del corazón de Miguel, que ella nunca sospechó, y la ambición que en él despertaron sus rápidos ascensos, fueron los mayores enemigos de su felicidad.

Pasó un mes, que fué un siglo para la enamorada joven, sin recibir noticias del dueño de su alma. En vano le escribió una y otra carta humedecidas con el llanto de sus hermosos ojos. ¡Todo en vano!

—¡Miguel ha muerto!—exclamaba loca de amargura.

—¡Miguel ha muerto!—eran las únicas palabras que articulaban sus labios.

Su tía por otra parte, hacía aún más angustiosa la existencia de Adelfa obligándola á dar su mano á un viejo repugnante que en más de una ocasión había solicitado su cariño.

No pudo resistir más.

Una noche, oscura y triste como el cielo de su alma, abandonó Adelfa la casa que le servía de albergue, y loca, febril, emprendió el camino por donde dos años antes había visto partir á Miguel. Quería ir á Logroño en donde estaba fechada la última carta que llegó á sus manos, y aunque sola, sin recursos y teniendo que atravesar una distancia de más de ochenta leguas, juzgaba imposible la realización de su deseo, la fé que iluminaba su alma le dió aliento y siguió adelante su camino.

Una tarde de Noviembre de 1875, una mujer llena de harapos, pálida, demacrada y con los pies ensangrentados, después de recorrer casi todas las calles de Logroño, preguntando inútilmente por el hombre que creía muerto, alzó al cielo los ojos buscando consuelo á sus amarguras, y al bajarlos desalentada y triste llamó su atención una casa de lujosa apariencia, en uno de cuyos balcones distinguía á un joven oficial del ejército y á su lado á una mujer también joven con quien conversaba, reflejándose en el semblante de ambos la alegría.

Adelfa, que no era otra la testigo de esta escena, sintió que un agudo puñal traspasaba su pecho, y dando un grito desgarrador, cayó desplomada sobre las piedras del suelo. Había reconocido á Miguel en el joven oficial.

En aquel momento abandonaron éste y su compañera el balcón sin darse cuenta de lo ocurrido en la calle, y sin ver tampoco como unos transeúntes levantaron el cuerpo de Adelfa, que no daba señales de vida, y lo condujeron al hospital.

Allí volvió en sí Adelfa, y allí también supo que Miguel, futuro esposo de la joven del balcón, iba á unirse á ella al siguiente día. Aquella horrible nueva pareció devolver la calma á su espíritu, pero fué la imponente calma que precede á las grandes tempestades.

Salió del hospital, y con paso vacilante se dirigió á la casa que servía de alojamiento á Miguel, cuyas señas le facilitaron unos soldados que encontró en la calle. Llamó á la puerta, y un ordenanza la condujo á la estancia del oficial. Este al reconocer á Adelfa, dejó escapar un grito, pero bien pronto se repuso y, fingiendo no conocerla, le preguntó el objeto de su visita.

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 132

Separado de los demás negros, se había tendido atravesado á la puerta de un pequeño camarote situado á popa del bergantín.

Al pasar junto á él, Brulart, resbaló, dió un traspiés y acabó por caer jurando como un pagano.

Cuando se levantó, vió sus manos teñidas de sangre y á Atar Gill casi sin aliento.

Aproximose á él, y, después de un medroso examen, vió que el desdichado se había abierto las venas del brazo... desgarrándosele con los dientes.

Las morduras todavía sangraban.
—¡A, perro!—gritó el negro;—¿te diviertes haciéndome perder doscientos pesos? Yo te aseguro que me las has de pagar.

Sacando luego la cabeza por la trampa, como él dijo:

—¡Hola «Cortahuti!»—Y como bajó el galopín.

—Vas á ir arriba, al arco, tomas los dos pañuelos de faltriguera de aquel beata de viejo, á quien probablemente estarás ahora mastacando en las orillas del río Colorado. Debe estar correoso como un demonio el muy perro; esos pequeños saameques tienen buena dentadura... ¡En fin, buen provecho los haga, esto queda de su cuenta. Tráeme, pues, sus pañuelos y un rollo de hoja de ca-

VENGANZA AFRICANA 129

formadas y llenas, de nariz recta y fina, de frente despejada, que la coronaban espesos cabellos negros y lisos como el ala de un cuervo. ¡Y qué ojos de españolas, regatos y entornados, con pupila aterciopelada que relucía sobre un fondo tan limpio y transparente, que parecía azulado... Por lo que hace á la boca, aquello era rosa, marfil y coral...

Medio cubiertas unas con un taparrabo de vivos colores, dejaban el desnudo sus hombros torneados. Otras cruzaban sus bellos brazos sobre una garganta tersa y gallarda.

Brulart hizo sin duda entre sí estas comparaciones y dijo á «Cartaut»:—Llévame allá arriba este par de cocos.—Y tanto para designarlas como para despertarlas, dió á cada una un golpe con un palo...

En efecto fué tan rápido como él esperaba. Abrió «Cartaut»:—Llévame allá arriba este par de cadenas y las hizo oboar delante de sí, muy contentiadas, vergonzosas y medio desnudas.

Al verlas trepar los estrechos peldaños de la angosta escalera, la mirada vidriosa de capitán Brulart se coloró sordamente y brilló como una vela como al través del talco transparente de una linterna.

Fué á subir él también: pero el lugar cerca de